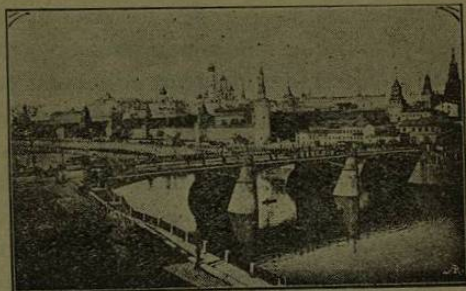


CAPITULO XII.



El Kremlin.

Por la puerta Spaskiia ó del Salvador entramos al Kremlin.

A un lado y otro de la puerta hay dos capillas. La de la derecha está constantemente llena de gente, y como es muy pequeña y unas cuantas personas bastan para llenarla, los fanáticos se arrodillan é imploran á la milagrosa imagen en medio del arroyo.

Creo que esa imagen representa una virgen, y tanta fe se le tiene, que constantemente está fuera de su capilla, visitando casas de enfermos á quienes los hombres han desahuciado y que ponen ya solamente su esperanza en Dios.

Con objeto de que el altar no quede desamparado durante esas ausencias médicas, se ha hecho una co-

pia de la imagen, y allí queda, recibiendo las oraciones y dádivas del pueblo, hasta que la verdadera vuelve y la relega al segundo lugar que le corresponde.

Ninguno como yo respeta y acata las ideas religiosas de los otros, pero la inocente piedad de los pueblos que como el ruso, y como el nuestro por desgracia, no comprenden la divinidad como idea abstracta sino que hacen de un lienzo ó de un trozo de madera un sér todo poderoso, me inspira honda compasión hacia los creyentes y profunda repugnancia hacia los ministros de un culto que es todo luz y todo libertad y, que á pesar de eso, vendan los ojos de los sectarios para que no vean y les atan los brazos para que no ejecuten.

¡Qué falta hace el látigo del rabino Jesús en las iglesias de Cristo!

Pasada la gran puerta entramos á la plaza del Tzar.

En el Kremlin, en el lugar más sagrado de la Ciudad Santa, en esa especie de formidable fortaleza rodeada de muros y construída sobre una colina que domina el resto de la ciudad, se encuentra un amontonamiento, que asombra por lo caprichoso, de iglesias, palacios y monumentos soberbios.

Sus muros forman un triángulo y dentro de ese triángulo existe todo cuanto el enorme Imperio Moscovita ha contenido y contiene de fanatismo, de grandeza y de tiránico poder.

Apenas se ha puesto el pie en la plaza, se ve á la derecha un convento de monjas, el de la Ascención,

fundado en el siglo XIV por la mujer del gran duque Dimitry IV. Después la iglesia de Santa Catarina, de estilo gótico y relativamente moderna, pues sólo data de principios del siglo pasado, y más allá se lanzan al cielo las cinco cúpulas doradas de la catedral Voznessensky, elevada en el albor del siglo XV y donde duermen su último sueño treinta y ocho grandes duques y no sé cuántas Tzarinas.

Al lado del convento, un palacio, el Pequeño Palacio del Kremlin, el palacio Nicolás, el palacio en que nació Alejandro II y frente al cual se yergue imponente y augusta, sin más fondo que el del cielo, la estatua gigantesca del emperador asesinado.

Empezaba el sol á ponerse cuando llegamos frente á la estatua.

El soberbio bronce se eleva sobre un zócalo de granito rosa al que dan acceso varios escalones. Vuelve la estatua la espalda al río Moscowa y tiende la diestra hacia el palacio en que nació el hombre á quien representa. El manto real prendido de sus hombros descendiendo formando anchos pliegues por la escalinata hasta tocar el último escalón. La figura es arrogante y grandiosa.

Rodea el monumento á derecha é izquierda de la estatua y por su parte posterior, la esbelta columnata de tres galerías cuyos techos están decorados con los retratos de los Tzares, hechos en mosaico de Venecia.

La vista que desde esas galerías se disfruta es magnífica.

Todo Moscow se ve desde esa altura, y la mirada

se pierde en la lejanía del horizonte sin dejar de percibir cúpulas y torres.

Pero ¡ay! siempre el reverso de las medallas en Rusia, es horrible.

La plaza que se extiende frente al soberbio monumento es un muladar en vez de ser un jardín, y en torno de la estatua han plantado en un radio grande, ignoro con qué objeto, tal vez por vía de adorno, unas estacas de madera, y han atado entre estaca y estaca á guisa de cadena, ¡una cuerda!

Crece la hierba en la plaza á todo su sabor, se ven por donde quiera montecillos de basura, las moscas zumban sin cesar en torno del viandante, y este, con el pañuelo en una mano para ahuyentar á los insectos y con la otra en la nariz, se ve obligado á caminar por angostas veredas que entre la maleza han abierto los pies de otros transeuntes, so pena de tener que seguir con la mano en las narices, hasta haberse, en el hotel, quitado los zapatos.

El frío se acentuaba, yo no había comprado aun mi pelliza, Truan no tenía su gorra de astrakán, y empezaba el estómago á advertirnos que nada había digerido desde las once de la mañana.

Tomamos, pues, el rumbo del hotel y á las ocho de la noche nos sentábamos alegremente en torno de una mesa, dispuestos á devorar cuanto nos presentasen, y reconfortados por el tibio ambiente del comedor y por una copa de vodka que Leman, á fuer de semi-ruso nos hizo apurar cuando llegamos.

Terminada la cena, subí á mi habitación y dejé correr el tiempo poniendo en orden mis notas.

Una hora habría pasado cuando oí llamar dulcemente á mi puerta. Aquello más que un toque era un rasguño.—Adelante—grité—y ante mis ojos se presentó con semblante compungido el pobre Truan.

—¿Qué ocurre?—pregunté—¿está usted enfermo?

—No, señor, vi luz y quise saludarlo. ¡Ay! decididamente no la encuentro!

—¿Que no la encuentra usted? Pero ¿qué es lo que no encuentra?

—Pues qué ha de ser, mi gorra, la gorra de astrakán que me hace tanta falta. Acabo de recorrer las calles en busca de una sombrerería y, ¡nada! Todo está cerrado como si en la ciudad no hubiera habitantes.

—Pero, hombre, ¿está usted loco para buscar una gorra á las diez de la noche?

—¿Y qué tiene eso de particular? Sobre todo, Leman me aseguró que la encontraría, y después de hacerme recorrer calles y calles terminó por detenerme frente á un café, en el que el frío me hizo entrar. ¡Es admirable ese Leman! ¿Se fijó usted como devoró la cena? pues todavía pidió en el café thé con leche y dos ó tres panes confitados, y no dejó ni una gota en la taza ni una migaja en el plato.

—¿Y quién pagó el gasto, Truan?

—Yo.

—¡Vaya, entonces ya comprendo por qué aseguraba Leman que él encontraría lo que usted buscaba!

—¿Cómo?

—Si, pregúntele usted á cualquier paisano mío si tengo razón y verá como le afirma que el que encontró la famosa gorra fué Leman. Cuidado con él ó pronto será usted el socio capitalista de toda una bonetería.

—No comprendo.

—Es que todavía no sabe usted bastante español, pero ya irá comprendiendo poco á poco y sobre todo al lado de Leman.

CAPITULO XIII.

EL KREMLÍN.

El convento de los Milagros.
 El campanario de Juan el Grande.
 La reina de las campanas.
 La Catedral de la Asunción.—La Escalera Roja.

A la mañana siguiente volvimos á entrar al Kremlin por la puerta del Salvador.

No habíamos podido visitar el día anterior un convento de hombres, célebre por más de un título y que se levanta al lado del Palacio Nicolás: el convento de los Milagros.

Allá por el año de mil trescientos sesenta y tantos, la mujer del Khan de los tártaros Djani-Bek, se moría, sin que ni los sabios, ni los hechiceros, ni los que poseían los secretos de las plantas, pudiesen, no ya curarla, pero ni aliviar siquiera los dolores que atormentaban noche y día á la pobre mujer.

Desesperado el Khan de recurrir á lo humano, quiso encomendar la curación á lo divino, y para eso nadie mejor que San Alexis, cuyas virtudes eran admiradas por todos y cuyos milagros á todos asombraban.

Ocurrió el Santo al llamamiento del Khan, detúvose junto á la enferma que ya agonizaba, extendió sobre ella las manos y pidió al Dios Todopoderoso que devolviera la salud á aquel pobre cuerpo extenua-

do por el sufrimiento, y la tranquilidad á aquellas almas conturbadas por la desesperación.

Y el milagro se hizo. La enferma, arrancada del sepulcro por la piadosa intervención de San Alexis, volvió á la vida, y el Khan, agradecido, regaló al Santo el terreno donde hoy se eleva el Convento fundado por él. Los rusos le llaman el convento Tchudoff.

En distintas ocasiones las llamas hicieron presa del sagrado recinto, pero otras tantas lo reconstruyó la piedad de los Tzares, hasta que en 1771 vino á ser la residencia de los Metropolitanos de Moscow.

En ese convento vivió retirado del mundo y entregado á sus recuerdos y á la oración el Tzar Vassily Chonisky, después de su abdicación el 17 de Julio de 1610; en él vivió un monge que se llamaba Gregorio y que después pretendió el trono de Rusia asegurando que era Dimitry; allí el patriarca Nikón, que llegó á dominar de tal modo al Tzar Alexis Mikhailovitch, que nada se hacía en el Imperio sin su conocimiento ni su consentimiento, fué depuesto del patriarcado en 1666 por un concilio en el que la nobleza celosa del poder de Nikón influyó con ese objeto, y por último, allí fueron bautizados los hijos de Iván el Terrible, El Tzar Alexis, Pedro el Grande y Alejandro II.

Formando parte del mismo convento está la iglesia de San Alexis construida en 1483, y á la izquierda, delante del iconostasis, bajo una arcada que se abre en el muro, se ve un sarcófago de plata que encierra las milagrosas reliquias del Santo.

Se guarda como un recuerdo de él, en el tesoro de la iglesia, el evangelio que escribió.

A la entrada del convento me detuve largo rato frente á un cuadro que llamó mi atención, no por su valor artístico, porque no tiene ninguno, sino por los recuerdos que evocó en mí de la lejana patria, y por las melancólicas reflexiones que aquellos recuerdos me inspiraron.

Es un cuadro de esos hechos con tiras de papel paralelas y que tienen tres imágenes; el del convento de los Milagros, visto por la derecha representa al Eterno Padre, por la izquierda á Cristo, y de frente al Espíritu Santo.

El que yo ví en México en la casa de uno de mis hermanos, pocos días antes de mi partida, representaba de un lado á Maceo, del otro á Máximo Gómez y en medio á la Libertad.

¡Pobre religión y pobre Cuba, caídas las dos en manos de fariseos!

Atrajo nuestra atención al salir, la dorada cúpula del campanario de Juan el Grande; hermosa torre de 97 metros de altura y cuyos cuatro primeros pisos son octógonos y redondo el último.

Dos cosas hay en él que no son las mismas que existían en 1812; la cruz dorada de la cúpula, que remplazó á otra que los franceses creyeron que era de oro y que arrancaron del lugar en donde estaba desde 1600, y la gran campana de la Ascensión, que fué hecha con los restos de otras muchas que queda-

ron sepultadas bajo los escombros que produjo el incendio de 1812.

Esa campana se toca sólo doce veces por año.

Pero más curiosa que esta campana que suena tan pocas veces, es una que se encuentra al pie del campanario y que no ha sonado nunca ni sonará jamás.

Se llama «la reina de las campanas» (Tzar-Kokol) y no hay otra igual en el mundo. Pesa 201,924 klg., tiene de altura 7 metros 9 centímetros y 20 metros de circunferencia en su reborde inferior.



En 1735 la hizo fundir la emperatriz Ana, y estando aun en el molde, un incendio la envolvió en 1737.

La violencia del fuego no pudo fundir aquella mole de bronce que tiene en su parte inferior un espesor de 56 centímetros, pero la rajó arrancándole un pedazo.

Este pedazo tiene una altura de dos metros y pesa la friolera de 11,000 kilos.

Cien años estuvo la campana en el lugar en que fué construida, hasta que en 1836, y por disposición de Nicolás I, fué colocada en el sitio que hoy ocupa, sobre un zócalo de granito.

No lejos de ahí, en medio del Kremlin, reconstruida por un artista boloñés, Fioraventi, alzando magestuosa entre cuatro cúpulas una colosal, que se eleva á 42 metros de altura, y orgullosa del puesto que ha ocupado y ocupará en la historia del Imperio, se yergue severa é imponente la catedral de la Asunción.

Afuera y adentro todo un pueblo de santos se adosa á los muros ó se reclina en los pilares, y las imágenes del interior, mal iluminadas por una dudosa claridad que cae de lo alto filtrándose por las estrechas ventanas, parecen agitarse en sus nichos como si, cansadas de la actitud que desde hace siglos guardan, quisieran cambiar de postura para encontrar alivio á su fatiga.

En los pilares, sobre fondo de oro, se ven pintados monges, caballeros que se baten y ángeles que estienden las alas. Por todas partes se ven dorados artísticos y por donde quiera imágenes cuajadas de piedras preciosas.

Están enterrados allí los antiguos patriarcas rusos y hay una cantidad incontable de reliquias de santos. En una caja de oro se encuentran, según me dijeron, el sudario y el vestido de la Virgen y un clavo de la verdadera cruz, regalo éste hecho al Tzar Gre-

gorio en 1686 no sé por quién, y enviados aquellos sesenta años antes por Abbas, Schah de Persia, á Miguel Teodorovitch.

Se venera también la «Virgen de Vladimir», imagen atribuida á San Lucas, y hay que convenir, si eso es cierto, que si como Evangelista San Lucas era bueno, como pintor era malo. La imagen fué trasladada de Jerusalem á Constantinopla en el siglo V, pasó después á Kiev y fué llevada á Vladimir en 1158.

Doscientos años después, Timour, Khan de los Tártaros, avanzaba sobre Moscow en son de guerra, y la imagen fué llevada al Kremlin para proteger la ciudad contra la invasión del temido monarca. Desde entonces está ahí.

En esa catedral se corona á los Tzares. Entre los pilares que sostienen la gran nave se ve el sitio que ocupa el trono en esa ceremonia.

Los emperadores entran por una puerta, al través de cuyos cristales puede contemplarse la Escalera Roja ó Escalera de los Leones, por la que pasan del palacio á la catedral y por la que regresan después de haber sido coronados y consagrados con el óleo que reciben en la frente, en los párpados, en la nariz, en los oídos, en los labios, en el pecho y en las manos.

La Escalera de los Leones se llama así, porque hay unos leones de mármol en el descanso, y se llama «roja» también, quizá por la sangre que en ella se ha derramado.

En 1682, á la muerte del Tzar Alexis, quedaron huérfanos de él cinco hijas y dos hijos. De las pri-

meras, la Tzarevna Sofía, que tenía veinticinco años, es la única que ha dejado un recuerdo en la historia; de los hijos, sólo Pedro es el que vivirá en ella eternamente.

Sofía é Iván eran hijos de la misma madre: Pedro el Grande era fruto del segundo matrimonio del Tzar Alexis, y todos, hasta el mismo Pedro, dudaban de que fuera hijo de él. En nada se parecía este coloso á sus hermanos Fedor é Iván, raquíticos y enfermizos. Cuando Alexis se casó con Natalia, era ya viejo, estaba enfermo y destituido de vigor. ¿Podía él haber engendrado á aquel mocetón lleno de vida y de músculos de acero?

Se decía que el médico alemán que asistió á Natalia substituyó á la «hija» de esta y de Alexis, pobre criatura endeble y moribunda, con su hijo varón robusto y sano.

Otros aseguraban que el padre era Tihone Nikititch, cortesano de humilde origen que se vió elevado á los más encumbrados puestos por caprichos de la suerte.

Cierta vez Pedro, que había bebido demasiado en una comida de amigos, gritó señalando á Ivan Mousine—Pouchkine, hijo natural de Alexis.

—Este, sabe al menos que es hijo *de mi* padre; pero yo ¿de quién lo soy? ¿es de tí, Tihone? Habla ó te estrangulo. ¡Habla!

—*Batiouchka* (padrecito) —respondió temblando Tihone—¡gracia! No sé que responderte. . . . ¡Yo no era el único!

El heredero del trono era por derecho Iván, hijo de la Milolaoski. Tenía quince años, pero estaba enfermo, casi ciego y completamente idiota.

La nobleza se pronunció en favor del hijo de Natalia Narychkine y, después de la aparición de improvisados electores en la Escalera Roja, ante una multitud que llenaba la plaza atraída por el rumor, que se había hecho circular, de que se preparaban grandes acontecimientos entre la familia real y los nobles, se lanzó un ¡hurra! por Pedro I; el nombre resonó en los oídos de la muchedumbre, lo repitieron mil labios y se le aclamó por Tzar.

Del infeliz Iván no se habló siquiera. ¡El Tzar Pedro tenía cinco años de edad!

Pero la Tzarevna Sofía quería reinar y los Miloslaoski ansiaban que reinara.

Volvieron los ojos en torno buscando una arma y la hallaron en los Streltsy.

El tío de la Tzarevna, Iván Miloslaoski, el mismo cuyo cadáver hemos visto desenterrar muchos años después y destrozar en un patíbulo por orden de Pedro el Grande, se introduce entre las masas, reúne á los Streltsy, esparce la voz de que los parientes de la Tzarevna Natalia, los Narychkine, han envenenado á Fedor, heredero de Alexis, y maltratan á Iván. Les insinúa la idea de que uno de ellos quiere usurpar el trono, aun cuando para conseguirlo tenga que suprimir á Iván y á Pedro, y pide por último venganza en nombre de las víctimas.

La agitación y el descontento cunden, y el 15 de Mayo de 1862 el Kremlin se ve sitiado por veinte regimientos.

Aquellos hombres están ebrios de alcohol y quieren sangre.

Crean ó fingen creer que Iván y Pedro han sido asesinados.—¡Muerte á los asesinos!—gritan enfurecidos y se aprestan á vengar á las pretendidas víctimas.

En vano desde lo alto de la Escalera Roja se les muestra al Tzar Pedro y al Tzarevitch Iván, no quieren reconocerlos.

Dolgoruki desciende algunos escalones y procura hablarles para calmarlos; los más atrevidos suben á su vez mientras Dolgoruki baja, se apoderan de él, lo levantan sobre sus cabezas y lo arrojan al vacío.

La sangre ha empezado á correr y la locura estalla por fin furiosa y tremebunda.

La matanza duró tres días.

Sólo en las gradas de la Escalera Roja, el pueblo asesinó á Matvieiff, consejero de Natalia, á tres de sus parientes y á cerca de setenta de sus partidarios.

El resultado fué el que esperaban los Miloslaoski.

Pedro quedó primero como Tzar titular, pero Sofía se hizo cargo de la regencia. Los Streltsy, que habían recibido diez rublos por cabeza para indemnizarlos del tiempo que habían perdido matando Narychkines, se presentaron ante el Kremlin el 23 de

Mayo pidiendo que se asociara al Tzarevitch Ivan á la Soberanía.

Iván Miloslaoski, Hivanskig y Calitsine (amante de Sofía) impulsan á la nobleza á ceder á las exigencias de los Streltsy y, al fin, después de dos simulacros de asambleas electorales, en la primera de las cuales se resolvió la asociación en el mando, y en la segunda la primacía de Iván sobre Pedro, Sofía se adueñó del poder.

El 29 de Mayo fué declarada regente.

Cuando Pedro el Grande volvió, después de muchos años, á pisar consagrado y coronado yá, los peldaños de la Escalera Roja, la sangre de los suyos clamó bajo sus plantas, y al grito aquel que demandaba venganza, contestó el Tzar destruyendo de un golpe á los Streltsy, que fueron el arma poderosa, y á Sofía, que fué la mano que la esgrimió.

CAPITULO XIV.

El Gran Palacio del Kremlin.

Si dificultades tuvimos en San Petersburgo para visitar el Palacio de Invierno, mayores fueron las que encontramos en Moscow para que nos permitieran pasear el Palacio del Kremlin.

Ya nos había prevenido Lemán desde que salimos del hotel que, con motivo de no sé qué procesión que vimos desfilar á lo lejos, se temía algún movimiento popular.

En efecto, las guardias se habían doblado en las calles, de cuando en cuando se veían pasar cuatro ó seis cosacos al rápido trote de sus caballos pequeños y nerviosos, y á cada instante tropezábamos con individuos cuyas maneras cautelosas revelaban desde luego que pertenecían á la policía reservada.

Necesitábamos dinero y nos dirigimos á buscarlo al Banco del Norte.

Aquello no era un banco, era una caserna.

En cada uno de sus departamentos había dos soldados, rifle en mano, recorriendo en opuestos sentidos el salón, y en cada puerta un centinela. Se suplía á todo el mundo que entrara con las manos fuera de los bolsillos, y el que no atendía el ruego era seguido de cerca por un vigilante, pronto á lanzarse sobre él al primer movimiento sospechoso.

Hacia tres ó cuatro días que media docena de terroristas audaces se habían introducido al Banco en pleno día, obligado á los empleados y al público á alzar en alto los brazos, y mientras unos los amenazaban con revólveres, los otros se habían apoderado de una fuerte cantidad.

Ninguno se atrevió á salir detrás de ellos para pedir auxilio, temerosos de que una bomba estallara en los primeros salones á raíz de la partida de aquellos bandoleros, y cuando al fin, pasada la primera impresión de pánico, se resolvieron á llamar en su socorro ya los bandidos habían desaparecido.

Desde entonces el Banco se había convertido en cuartel.

Cuando llegamos al Palacio del Kremlin tuvimos que enseñar nuestros pasaportes, contestar á un largo interrogatorio y esperar media hora la decisión.

Al fin pudimos entrar, pero sin permiso para ver las habitaciones privadas del Tzar.

Se nos despojó de nuestros abrigos antes de poner un pié en la escalera, por más que hacía frío y que no estaban calentados los salones que íbamos á recorrer, porque se temía que pudiéramos ocultar bajo el sobretodo una bomba, y estoy seguro de que si hubieran podido quitarnos también la camisa lo habrían hecho.

Esta precaución se toma con todos aquellos á quienes se hace la gracia de permitirles visitar edificios del gobierno, y estuvimos poniéndonos y quitándo-

nos el gabán incesantemente, durante todo el tiempo que permanecemos en Rusia.

El aspecto del Palacio contristó mi ánimo.

Reinaba en todo él una profunda tristeza.

Se habían quitado, ignoro por qué, las alfombras y tapicerías; se descolgaban de las paredes los platos de oro repujado y los soberbios espejos; los objetos de arte desaparecían en brazos de los sirvientes y todo se presentaba desnudo y frío ante los ojos.

Al pasar por un largo corredor al que dan ventanas y puertas de las habitaciones reservadas á la corte, pudimos ver el interior de algunas de ellas.

El mismo aspecto de mudanza.

Había en medio de un gran salón, que se nos dijo era el en que los soberanos reciben privadamente, varios baules mundos, grandes cajones y algunos juguetes de niños por el suelo.

Parecía que los que habitaban ahí, se habían visto obligados á emprender precipitadamente un viaje del que tal vez no volverían.

¡Y en efecto! ¿Podrán volver alguna vez á su hermoso palacio de Moscow los actuales Monarcas? ¿Querrá recibirlos con palmas y gritos de alegría su pueblo, ese pueblo que no ignora que á sus hermanos de San Petersburgo, cuando fueron á pedirles pan, les contestaron con balas?

Vimos la gran sala en que los Tzares reciben los primeros homenajes de la corte después de la coronación; vimos el balcón desde donde la Tzarina y sus damas presencian la ceremonia, porque las mujeres

no pueden descender al salón mientras ella dura; vimos en el palacio de las Facetas el comedor donde el monarca celebra su primer banquete, sala enorme, abovedada, teniendo en el centro un pilar cuadrado que parece sostener la bóveda.

¿Irá algún día el hijo de Nicolás II á recibir los homenajes de la nobleza al sitio en que los recibió su padre? ¿Presenciará alguna otra Tzarina, conmovida y orgullosa, la imponente ceremonia? ¿Repercutirán en la bóveda del sombrío comedor los brindis de los embajadores extranjeros, felicitando en nombre de sus naciones al Tzar Alexis por su advenimiento al trono?

¡Yo no sé si alguna vez, cuando empezaban á sentirse los primeros movimientos de la actual revolución, se haría esas preguntas Nicolás II al recorrer su palacio del Kremlin; pero ahora que está tan lejos de él, ahora que debe recordarlo como se recuerda en medio de una noche de tempestad el sol alegre de los bellos días, ha de sentir tal vez que el llanto que hierve en su corazón sube á sus ojos, y ha de extender aterrorizado los brazos para rechazar, para apartar de sí, la imagen del formidable signo de interrogación en el que se encierra el porvenir de su raza!

Pocos momentos después ponía yo el pié en lo alto de una torrecilla del Belvedere desde la que se domina Moscow, en el mismo sitio en que en 1812 Napoleón puso el suyo y contempló mudo, sombrío y con los brazos cruzados el incendio del Kremlin.

¡El sol de aquel hombre extraordinario había llegado á su zenit y empezaba su rápido descenso hacia el poniente!

Hay otro sitio en Moscow, desde el que se ve toda la ciudad extendiéndose hasta perderse en el horizonte.

Está en la «Montaña de los Moineaux.»

Allí también estuvo Napoleón cuando entraba seguido de un ejército poderoso y temible.

Desde allí acarició con los ojos aquella ciudad que miraba ya como suya, sin sentir que bajo sus pies crujía y se bamboleaba el pedestal de sus triunfos.

De la montaña de los Moineaux á la torre del Belvedere no hay gran distancia. ¡Siempre están cerca de los Capitolios las Tarpeyas!



PLAZA IMPERIAL DEL KREMLIN.

* * *

Pasando frente al Arsenal, á lo largo de cuyo muro hay colocados unos sobre otros innumerables cañones tomados á los franceses, salimos del Kremlin por la puerta Troitskiia.

Unos veinte metros antes de llegar á ella, en medio del arroyo, se eleva un pequeño monumento, humilde, rodeado de una verja no muy alta, ante el cual ardía una lamparilla, y en cuya base deshojaban sus flores marchitas algunas coronas.

En ese mismo sitio, pocos meses antes, había sido hecho pedazos por una bomba el Gran Duque Sergio.

El palacio en que habitó y del que acababa de salir cuando fué asesinado se encuentra á muy poca distancia.

¡Que Dios haya perdonado al muerto de cuya deslumbrante grandeza queda sólo la luz mezquina de esa lámpara! ¡Que Dios perdone á los vivos que no piensan en la muerte!

CAPITULO XV.

La casa de los Romanoff.—El Castillo
de Petrovsky.

Las ruinas de Preobrajenskoie.

Después de recorrer durante algunos días iglesias y conventos, museos y tesoros, y de haber admirado entre los últimos, el del Palacio de las Armaduras que encierra incalculables riquezas, sobre todo en el salón en donde se encuentran los tronos, coronas, cetros y joyas de los Tzares, nos preparamos á partir para Varsovia.

Tres sitios había dejado para visitar en último término: la casa de los boyardos Romanoff, el Castillo Petrowsky, y las ruinas de la Preobrajenskoie.

En la primera vivieron los ascendientes de los Tzares; en el segundo se detuvieron, y se detuvo el actual, antes de entrar á la Ciudad Santa para ser coronados; y en las últimas, los ensangrentados fantasmas de innumerables obreros flotan entre escombros aun humeantes, y tienden el rígido brazo señalando con dedo inflexible el palacio imperial de Tzarskoi-Cælo.

Había, pues, dejado para lo último, la cuna de los Tzares, el lugar de su apogeo y la tumba, tal vez, de la autocracia reinante.

* * *

Junto á un convento, el de la Aparición de la Virgen, se ve una casa pequeña, su fachada sin carácter no llega ni á 20 metros de largo, es de un solo piso, con exiguas ventanas de vidrios emplomados y con una puerta estrecha y baja. La casa forma esquina.

En el zaguán había colgado un cartelillo que Leman tradujo:

«Cerrada al público por causa de reparación.»

—¡Mentira!—me dijo Leman—yo conozco al conserje, vamos á verlo.

Volvimos la esquina que desciende en pendiente rápida y llamamos á una puerta que sólo se abrió cuando, después de observar por un ventanillo, reconoció el que eso hacía á nuestro intérprete.

Penetramos á un patio no muy grande y nos encontramos frente á una casa de cuatro pisos.

Tan empinada es la cuesta de la callecilla, que bastan pocos metros de descenso para darle á un edificio tres pisos más.

Leman habló con un hombre; el hombre puso reparos, intervino una mujer; la mujer discutió con Leman; Leman, la mujer y el hombre nos miraron y, después de diez minutos de conversación acalorada, nos hicieron seña de que podíamos avanzar.

Por una estrecha escalera penetramos á la antigua mansión de los Boyardos.

Apenas habíamos puesto el pié en el angosto vestíbulo, el hombre se volvió y habló de nuevo con el intérprete.

Este nos dijo:

—Hay expresa prohibición de que se deje á nadie visitar la casa, porque temen que los terroristas la quieran destruir con una bomba. Esa es la reparación. Ya convencí á este individuo de que todo podemos ser menos nihilistas, lo convencí ofreciéndole cinco rublos, pero me suplica que les diga á ustedes que á nadie cuenten que han visitado la casa porque le costaría el empleo.

Con ademanes y con ¡ohs! y ¡ahs! sonoros, tranquilizamos á aquel fidelísimo acatador de las órdenes superiores y empezamos la visita.

O los Romanoff eran muy bajos, lo que no creo, á juzgar por un par de botas que ví de Miguel Teodorovitch, en una de las cuales podía yo caber cómodamente, ó por penitencia se habían impuesto la obligación de caminar en cuatro pies siempre que cruzaban por una puerta, porque estas son de una altura tal, que sólo un niño de ocho años puede pasar por ellas sin inclinarse.

Las escaleras son tan angostas que si una persona sube y otra baja al mismo tiempo, una de las dos tiene que retroceder para darle paso á la otra.

Las habitaciones, pequeñas, reciben la luz de ventanillas hechas con cuadrados de vidrio, sostenidos con varillas de plomo, y que medirán un palmo cuando mucho cada uno de ellos,

En esa casa, en el siglo XVI, vivió el Patriarca Philarete, padre del Tzar Miguel Teodorovitch Romanoff, primero de su stirpe y que nació en ella.

De ese nido pequeño, salieron las águilas bicéfalas que dominan casi un mundo, y la conservación de ese nido se debe al cariño filial del Tzar Alejandro II.

De allí nos dirigimos, atravesando la ciudad toda, al Castillo Petrovsky que queda extramuros de Moscow.

Más que el castillo mismo, sobrio y sencillo en su arquitectura y en su menaje, que consiste en muebles de caoba de estilo severo y sin pretensión: más que los recuerdos que encierra por haber visto desfilar por sus salones á todos los Tzares, y al hombre más grande y ambicioso de su siglo, á Napoleón I, me llevaba ahí el deseo de contemplar, desde el sitio en que Nicolás II la contempló, esa llanura inmensa que ante el castillo se extiende y en la que el día de la coronación murieron cerca de dos mil personas.

Mudos permanecemos frente al teatro de tan horrible hecatombe.

Aquel día, el 18 de Mayo de 1896, el Tzar, joven, animado quizás de los mejores deseos, ansioso de demostrarle su amor al pueblo que lo aclamaba, le daba cita frente á su palacio, sin imaginarse que muchas de aquellas bocas, de las que se escapaban risas

y gritos de entusiasmo y alegría, iban á enmudecer muy pronto para siempre.

¡Pobre reinado aquel, que bajo tan malos auspicios se inaugura; pobre y vacilante trono el que se alza sobre muertos!

¡Así se alzó el de Luis XVI y de María Antonieta!

¡Y si al menos esa hubiera sido la única sangre derramada!

Era inocente el Tzar de esa tragedia.

Él había llamado á sí á los que lo amaban, y había querido dejarles un recuerdo de su amor hacia ellos.

¡Pero después! . . . Existe un barrio en Moscow que se llama Preobrajenskoie, un barrio de obreros; hay ahí grandes fábricas.

Un drama sangriento acababa de representarse en él.

En la lucha del trabajador contra el capitalista, una huelga había estallado.

La fuerza pública tomó parte en la contienda y resultaron muertos algunos obreros.

Sus hermanos hicieron volar una fábrica y se refugiaron en sus casas, en esas casas en las que viven centenares de individuos, y en las que duermen á veces más de doce en una cámara.

Los vecinos se armaron para defenderse y para defender á los que la policía buscaba.

El General Minn previno á los obreros que si no entregaban á los revoltosos reduciría á escombros la manzana.

Los obreros no entregaron á los suyos y el general cumplió su amenaza.

¡Aterrorizaba ver el estrago que los cañones hicieron!

Los escombros de las casas se amontonaban formando montículos; los lienzos de pared desplomados, amenazaban caer en el abismo, y las puertas y ventanas hechas trizas, parecían enormes bocas abiertas por gritos de congoja y como implorando al cielo en su angustioso terror.

El que nos relataba lo que había acontecido, lo hacía con una voz ahogada. ¡Quién sabe! ¡tal vez su padre, su hermano, alguno de su familia había muerto ahí!

Era un infeliz que nos hacía la historia con la esperanza de recibir en cambio algunos kópecs.

Nos contó que los cadáveres habían sido transportados á las fosas gigantescas donde se les sepultó, en grandes carros, amontonados hombres, mujeres y niños, en medio del fúnebre silencio de los demás habitantes del barrio, bajo una lluvia fría y persistente, y envueltos, como en un sudario, por la bruma.

Cuando Leman, por indicación nuestra, le preguntó á qué número habían llegado los muertos, se encogió de hombros y contestó:

—¿Quién lo sabe? Los carros fueron muchos, iban llenos hasta no poder contener más, y no acabaron en un día!

El autor de aquella catástrofe, el general Minn, no existía ya cuando aterrorizados contemplábamos su

obra. Había sido muerto por una joven que le dió un balazo poco tiempo después de aquel terrible escarmiento.

Estábamos en Varsovia cuando supimos que la joven que asesinó al general Minn había sido ahorcada. ¡Paz á los muertos!



CAPITULO XVI.

Varsovia.

Cuando el año de 1794 los rusos se apoderaron del barrio de Praga y dos días después de Varsovia, el General Suvaroff envió á la Emperatriz, el siguiente lacónico parte.

—«¡Hurra! ¡Praga!—Suvaroff.» El que fué contestado con este no menos lacónico y expresivo.

—«¡Bravo! ¡Feld Mariscal!—Catalina.»

La estación «Varsovia-Brest» á la que arriban los trenes que llegan de Moscow, está situada en Praga, y cuando pusimos el pié en ella, recordando la anécdota, le dije á un viejo militar ruso, que con nosotros había hecho el viaje desde la Ciudad Santa, las mismas frases de Suvaroff.

—¡Hum! — me contestó retorciéndose el bigote gris, —si viene usted armado haga lo que yo, y si no, ordene á su cochero que venga cerca del mío.

Y así diciendo, sacó el revólver y lo conservó en la mano.

Después supe que, en aquellos días al menos, el barrio más inseguro de Varsovia era Praga, y que rara era la noche que los pasajeros no se vieran asaltados y robados al dirigirse al centro de la ciudad.

Serian las siete de la tarde, la noche empezaba á entrar; aun se veían en el poniente las últimas incier-

tas luces del crepúsculo, y sin embargo, no había un solo establecimiento que estuviera abierto en aquellos sitios.

Todo parecía desierto; todo estaba silencioso, y si no hubiera sido por el estrépito momentáneo de los carruajes de alquiler que al gran trote de los caballos desfilaban con rumbo á Varsovia, se hubiera uno creído transportado á una ciudad sin habitantes.

Numerosas patrullas de Cosacos cruzaban á lo lejos, brillaban entre las nacientes sombras las luces de los puestos de guardia en las fortificaciones, y sólo, á parte de los ¡ohé! de los cocheros, llegaban á nosotros esos silbidos siniestros que salen no se sabe de dónde, en los lugares frecuentados por vagabundos ó bandidos.

Leman, que estaba á mi lado, había entrado en muda y volvía incesantemente en todas direcciones sus ojillos azules y vivos; pegado á la trasera de nuestro coche iba el en que habían tomado asiento mi cuñado y Truan, que tampoco hablaban, y yo dirigía á cada momento miradas de tierna simpatía al revólver del militar ruso, quien había ordenado á nuestros cocheros que no se separaran de su carruaje.

Todos teníamos el espíritu oprimido por ese indefinible malestar que se experimenta cuando se sabe que un peligro real nos amenaza, y se ignora por dónde y cuándo llegará, y todos, hasta el ruso, lanzamos un ¡uf! de verdadero alivio, cuando bajo los cascos de los caballos resonó el piso del puente Alejandro espléndidamente iluminado ya.

—¡Hurra! ¡El Puente Alejandro!—le grité al ruso.

—¡Bravo! ¡Buenas noches!—me contestó, y hablando á su cochero, que azuzó al tiro, desapareció rápidamente á lo lejos.

No volvimos á verlo más.

* * *

Aquella travesía por el barrio de Praga, visto, ó por mejor decir, adivinado entre la bruma de la tarde, despertó en mis recuerdos la terrible noche en que Polonia desapareció de entre las naciones libres, y desmembrada y chorreando sangre fué á aumentar los dominios del Rey de los Prusianos, del Emperador de Austria y de la Tzarina de Rusia.

La frase que evoqué de Suvaroff—¡Hurra! ¡Praga!—tuvo en mi memoria una resonancia fatídica, convirtiéndose en aquel «Divertíos, hijos míos (*«Pau-laytie rabiata»*) con que animó á sus cosacos á la matanza después de la derrota de los ejércitos polacos.

Dice un autor al referir los horrores que precedieron á la toma de Praga.

«Para escapar de la furia de los rusos, las mujeres se arrojaban en el Vistula, levantando sobre sus cabezas á sus hijos; pero las lanzas de los cosacos y las balas de los rusos no tardaron en enrojecer el río con la sangre de aquellas víctimas inocentes. Muchos ancianos, mujeres y niños, se habían refugiado en la iglesia de los Bernardos como en un asilo sagrado, y los sacerdotes se colocaron en la puerta del templo

«con la cruz en la mano y entonando un cántico de misericordia: mas apenas uno de ellos había tenido tiempo de gritar á la soldadesca que se disponía á penetrar en la iglesia—¡Deteneos, cristianos, ante la cruz del Salvador!—cuando cayó herido de muerte por el «hierro de los bárbaros . . . Los altares fueron inundados de sangre inocente y las doncellas fueron víctimas de la infamia antes de ser degolladas . . . y «por último, la matanza no cesó hasta que perecieron «todos los habitantes de Praga. ¡Veinte mil personas «fueron asesinadas por las hordas del terrible Suvaroff»

Las mismas hordas que á fines del siglo XVIII devastaron aquel sitio, parecían acampar allí mismo al principiar el siglo XX.

La sombra de Suvaroff se agitaba ante nosotros.

Porque debe saberse, que los que más depredaciones cometen con los habitantes de Praga y con los viajeros, son los cosacos de Nicolás II.

* * *

Las calles de Varsovia, amplias y hermosas, ofrecían, si no el mismo aspecto tétrico y amenazador de las de Praga, sí cuando menos la misma desolación.

Todas las casas de comercio estaban cerradas, no había luz en los balcones, y los raros transeuntes caminaban de prisa como si les faltara tiempo para llegar á hora fija á alguna parte.

A cada instante tropezábamos con grupos de sol-

dados de á pie ó de á caballo que en todas direcciones recorrían las calles, y el monótono golpear de las herraduras y el acompasado marchar de los infantes sonaba lúgubrememente en los oídos.

Ahí sí se sentía la revolución, ahí sí se palpaba el estado de sitio en que se había declarado á la ciudad.

El Hotel de Europa, donde nos alojamos, tiene una hermosísima puerta, y á los lados de esta dos pequeñas entradas.

Nunca ví abierta la entrada principal, y de las secundarias sólo una de ellas lo estaba.

Cuando le manifesté al encargado del hotel mi extrañeza me contestó:

—En estos tiempos que corren hay que vivir prevenidos. Es muy difícil cerrar en un momento dado la gran puerta, y le aseguro á usted que, desde hace meses, estamos constantemente cerrando la pequeña.

—Pero ahora hay calma.

El hombre me miró y luego me dijo con acento triste.

—Oiga usted, señor, aun cuando sea contra mis intereses me voy á permitir darle un consejo. Tan pronto como haya terminado el negocio que lo trajo, váyase de aquí.

—Pero es que no viajo por negocio, sino por placer.

—¡Ah! en ese caso, márchese usted esta noche y no se vaya por Praga.

Le agradecí el consejo, pero me quedé en Varsovia cinco días.